

En el día de la Patria

18 DE SEPTIEMBRE

El ciento décimo aniversario nacional nos encuentra en una época en que el país ha experimentado serias conmociones de opinión en lo que a su organización interna concierne, y hecho manifestaciones elocuentísimas del patriotismo innegable de los ciudadanos.

En efecto, la elección presidencial última vino a romper los viejos sistemas de designar al Jefe del Estado de entre las familias de la capital que hasta hoy habían ostado ejerciendo el gobierno de la nación, produciendo, como era muy natural, la resistencia desesperada de esa oligarquía a ese legítimo derecho y suprema aspiración de todos los chilenos que nos sentimos con la capacidad suficiente para intervenir con libertad en la designación de nuestros gobernantes. Y en el orden internacional, hemos debido llamar a los cuarteles a varias reservas militares en resguardo de nuestra soberanía y en previsión de algún ataque armado de nuestros vecinos del Norte.

Gracias al patriotismo chileno, doblemente probado en estos dos casos, la cuestión presidencial se resolvió en conformidad a la justicia, sometiendo el fallo definitivo a un Tribunal de Honor, y la cuestión internacional se resolvió con el gesto legendario de los hijos de Chile al correr presurosos a empuñar el sable y el fusil.

Horas de tranquilidad son las que hoy atravesamos y el 18 de Septiembre, ciento diez veces repetido, trae a todos los espíritus el regocijo de siempre, cuando, al brillar en el Oriente los primeros rayos del sol de la libertad, nos hemos sentido, desde nuestro nacimiento a la vida independiente, felices de ser quienes somos, sin envidias para nadie y laborando siempre en el yunque del progreso y del engrandecimiento, y contribuyendo en toda forma a mantener inalterable la paz de América.

Podemos, pues, celebrar nuestro cumpleaños, rindiendo el tributo de nuestro afectuoso recuerdo a aquellos que nos legaron la herencia de la patria glorificada por el sacrificio de sus vidas y dignificada por el civismo de sus hijos.

Camino de la meta del ideal

Con el objeto de revelarnos contra todos los prejuicios existentes, contra todos los ridículos convencionalismos, es preciso que vamos al encuentro de las reformas que se proyectan en el horizonte.

Es necesario que nos adueñemos de los acontecimientos a fin de que los fijemos rumbos en armonía con nuestro modo de pensar.

Estos acontecimientos podemos guiarlos a un propósito determinado de bienestar colectivo.

La mutabilidad del individuo, que solo los retardatarios, los hombres-monia se afanan por negar, lleva a la sociedad, inevitablemente, con fuerza arrasadora, a un cambio efectivo del régimen imperante.

Los periódicos cambios de regímenes que se han operado en el mundo, han causado trastornos político-sociales por demás sensibles.

Ideologías exaltadas, sin finalidad colectiva alguna, han armado en todos los tiempos brazos anónimos que han causado sus víctimas precisamente entre los adelantados de todas las cruzadas del progreso.

El carro victorioso de la revolución francesa decapitó a su paso el genio inmortal de Robespierre, el glorioso caudillo que desde el Club de los Jacobinos, en París, hizo ver al pueblo que la huida del rey marcaba el divorcio de la libertad y la monarquía francesa.

Marat, que con Robespierre y Dantón formaron la trilogía de la revolución, también fue víctima de la exaltación y desequilibrio que se infiltró en el pueblo por la propaganda de malsanas doctrinas.

Así es cómo en todos los tiempos los movimientos que han tenido como objetivos reformas políticas o sociales, han martirizado con inconciencia colectiva a los propios apóstoles de la idea.

El martirologio de los redentores es largo.

Junto con brillar el triunfo de una causa se han apagado los genios que la sustentaron.

Pocos sobreviven a su propio triunfo, en sus ideales.